



CENICERO

◆ JOSERRA ORTIZ

TECNOFACETA / ACUARELA Y TINTA SOBRE PAPEL / 2016 / DUOTONO

Joserra '16

*It began with a Kiss. It almost
always begins with a kiss.
Etgar Keret, Unzipping*

Algunas veces, cuando quiero recordar a Holley, siempre evoco el sabor de su saliva en uno de nuestros últimos besos. A las cinco de la mañana de aquél sábado distante, la humedad de su boca mantenía un dejo de cerveza con cigarro, vodka y Red Bull. Podría decir que sabía a fiesta de bodega con música electrónica, o al punchis punchis que en la libertad del verano se vestía de collares fluorescentes y pintalabios azul; pero como el tiempo cambia todas las perspectivas, hoy diré mejor que sabía a cenicero.

Ignoraba entonces que nada dura para siempre. Al besarla esa vez, creí que me arrojaba a un mundo que comenzaría a suceder sin detenerse y, después, en el siguiente instante, entendí que en realidad empezaba a clausurarse a pesar de que el beso sabía al inicio de la vida, al protozoo que saldría del mar a conquistar la tierra. ¿Cómo intuir que sería de otra manera? Si eso nos habíamos dicho con la mirada, abrazados al alba de esa mañana fresca y húmeda afuera de los separos de la policía municipal donde Martín el abogado pagaba la fianza de Ariel y Pedrito. Habían roto el candado de un Modelorama en la Balcones del Valle, allá por casa de Pepe, y la tira los tenía guardados junto al fruto de su hazaña: dos cartones de Modelo especial al tiempo, tres paquetes de Marlboro, unos cacahuates. Gran cosa.

Dos horas antes, Memo llegó corriendo al rave gritando que los habían apañado. “¿A quién?, ¿de qué hablas?”. “Al Pedro, wey, y a la Ariel”. “¿Por qué?, ¿qué dices?”. Entre su respiración agitada y la música estridente de DJ Wizz no lograba entender bien. “Vamos afuera”. La anécdota era tonta y sencilla, pero nos pareció lo más grave del mundo: Pedro y Ariel se habían quedado sin chupe y se les hizo fácil botar el candado del Modelorama para sacar provisiones justo en el momento en que la patrulla hacía su ronda por el barrio. Ariel llamó a Memo porque era el único de nosotros que tenía celular y no quería que sus papás se enteraran. Entonces Memo fue a buscarme a la fiesta en la que estaba con Holley para saber si yo tenía el teléfono de Martín el abogado, nuestro profesor de ciencias sociales en la prepa. “Eh, ya sé que te vas a encabronar, que me dijiste que hoy no te molestara porque querías estar solo con la Holley, llevártela al motel, pero... wey, no mames, neta es una emergencia”.

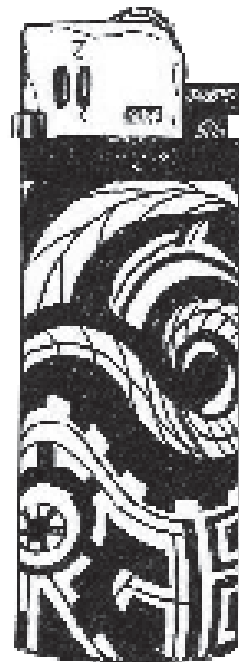
“Ya, Memo, tranquí. Respira, qué pedo dices cabrón”.

“¡El número del Martín, wey! ¿Lo tienes? ¿No te acuerdas... este... no te acuerdas que al principio del año dijo que cualquier pedo le llamáramos para sacarnos del bote? Eso dijo”.

“Pero ya es verano, wey, estamos de vacaciones”.

“De todos modos, carnal, chicle y pega”.

Durante el año escolar recién terminado yo había sido tesorero de la sociedad de alumnos, así que tenía los datos de todos los profesores en una pequeña agenda que guardaba en la cartera. Buscamos un teléfono público. “Háblale tú”. “Ni vergas wey,



dile tú, a ti te estima un buen”. “No, tú wey, a ti te habló Ariel”. “Sí, pero qué pena”. Harta de la ridícula discusión, Holley cogió el teléfono y después de dos intentos pudo comunicarse. “¿Señor Martín?... Hola señor, soy Holley... sí, la chica americana... sí, sigo aquí... no, ya pronto me voy... sí, muy bien mi español, gracias”. Cinco minutos después y tras las explicaciones, palabras más, palabras menos, el profe quedó de vernos afuera de los separos en media hora. Nosotros llegamos ahí en quince minutos, no estábamos tan lejos. Me estacioné cerca de la entrada, vigilando la puerta para ver llegar al profe. No queríamos entrar a la comandancia, apestábamos a fiesta.

“Wey, pinche Pedro pendejo”, dijo Memo tirado en el asiento de atrás. Fumaba un Raleigh. “Cabrón, ya te dije que no fumes en el carro”. “Bofo cabrón, déjame en paz, ¡estoy nervioso!”. “Voy, ni que el pedo fuera tuyo. Que se me hace, neta, que se me hace que todavía te gusta la Ariel”. “Órale pendejo, claro que no, ni que fuera tú y Karlita la nalgona”. No me gustó escuchar eso frente a Holley, ella no sabía de mis ex novias. Salí del carro dando un portazo.

“¡Ora! Qué te pasa, baboso”.

“¡Ya, cálmense!”, dijo Holley bajándose también, “cuidado con la policía”.

Memo también bajó. Había llegado Martín el abogado y decidió acompañarlo.

“Orita vengo chavos, ya, todo tranquilo”. Se alejó, dejándonos solos, sentados sobre el cofre de mi auto.

“Perdón Holley, es que... estoy muy nervioso”.

“¿Por tus amigos?”.

Guardé silencio. En realidad, estaba confiado en que Pedro y Ariel saldrían bien librados. Martín el abogado los ayudaría y, si no podía hacerlo, el papá de cualquiera de ellos dos pagaría la fianza fácilmente. Pensaba sobre todo en el de Ariel, porque conocía bien a ese señor: era uno de los socios del club con los que mi papá jugaba *squash* todos los fines de semana. Tenía una fábrica de plásticos en la zona industrial, Audi del año, casa en el Campestre. Su dinero compraría la libertad de su hija y el silencio de la policía, el del dueño del Modelorama y el de la prensa. Así que no, no estaba angustiado ni por Pedro ni por Ariel. Estaba nervioso por Holley, ¿pero cómo decirle? ¿Cómo explicarle que con el fin del año escolar y el avance del verano, cada día estaba más cercana su partida y regresaría a ese mundo donde yo no existía? ¡Lo habíamos pasado tan bien todo este tiempo! Con ella había descubierto tantas cosas y, sobre todo, en su compañía despertaron los sentimientos y las formas que me alejaron prematuramente y para siempre de la adolescencia, dándome la seguridad para plantarme en el mundo. La quería o la amaba, eso sí no lo entendía, pero por suerte siempre se lo había dicho en inglés y en ese idioma la misma palabra vale para expresar ambas cosas.

“No... it ain't that, Honey bunny”.

“What is it, then?”.

“I don't know. I'm stupid. Sorry”.

“Hey, look at me. Pedro and Ariel are gonna be fine, you know that, right? It's not like they killed anyone... they just broke into some store to get a couple of beers! Even if their parents find out about it no les va a pasar nada. You know Ariel's mom, she's gonna be all like *fuck that shit!* *Están chavos, se les hizo fácil*”.

Me gustaba cuando decía esa frase hecha y tonta, sencillísima y que, sí, la mamá de Ariel nos había enseñado a utilizar como pretexto para regalarnos cerveza, dejarnos fumar mota en su jardín o validar cualquier pendejada que estuviéramos dispuestos a hacer. Por eso le pedí que lo dijera de nuevo. “Fuck that shit. Estamos chavos. Se nos

hizo fácil”. Reímos. La tomé de la cintura y le planté un breve beso en la mejilla. Le sobé los hombros, la espalda.

“You know I love you like crazy... te voy a extrañar un chingo”.

“I know”, un beso en la frente. “I do too”, otro. “I will too”, uno más. “Pero todavía no me voy, que quedan unas semanas. No te azotes, please”.

“¿De verdad te tienes que ir?, ojalá pudiéramos escaparnos”.

“Shut it... ya, mejor disfrutemos el ahora. Mira, ahí vienen los vatos”.



Después de que nos contaron cómo se había arreglado todo, Holley y yo nos echamos de espaldas sobre el cofre, viendo el cielo que se abría. Empezaba a clarear y el cielo estaba tan limpio que al fondo ya se anunciaban los cerros. Los primeros cantos de las aves ahuyentaban la modorra y la gringa se veía guapísima. Estábamos cansados, bostezábamos el desvelo y el bajón de adrenalina nos había llegado ahora que todo estaba tranquilo y arreglado; nuestros papás nunca se enterarían, promesa de Martín el abogado, siempre y cuando cumpliéramos en pagarle el dinero de la fianza y las molestias, poco a poco y entre todos.

Entonces miré a Holley fijamente a los ojos. Buscó mi mano y se la di. “¿Estás bien?”, me preguntó. “Nunca he estado mejor”, le dije. La atraje contra mi cuerpo. Ella se dejó abrazar. En las escalinatas de los separos nos miraban algunos policías. Martín el abogado se había ido. Pedro, Ariel y Memo bebían café recargados en la pared. La besé tiernamente, primero, apretando bien su cintura, cerrando los ojos y, después, cuando mi lengua recorrió el rocío de cerveza y vodka de su boca con más devoción que otra cosa, me hubiera gustado que los policías y nuestros amigos rompieran a aplaudir, dando vítores y abrazándose entre ellos; sentía que ese beso podía ser el

definitivo, el momento en que el tiempo se detenía para siempre porque comenzaban a correr los créditos de la película en la que Holley, por fin, después de aquella noche, comprendía que lo nuestro era un amor para siempre y tomaría la decisión de quedarse conmigo, en San Luis Potosí, tan lejos, pero tan lejos de Kansas.

“Eh, ¿no quieren ir por tacos?”, preguntó Holley justo al separar su boca de la mía, sonriendo. “Vamos a esos que nos llevó Ariel la otra vez. I’m buying”. ●